

Primera Parte: Aprender a Relacionarnos

Capítulo 4: Las Normas de Conducta

A medida que uno aprende a relacionarse consigo mismo va haciéndose consciente de normas de conducta que internalizó en su niñez. Esto le permite reforzar las positivas y mejorar las que son un escollo para mantener buenas relaciones con los demás.

Las normas de conducta influyen en forma decisiva sobre las relaciones y no han de juzgarse en forma superficial, como si fueran meros convencionalismos sociales. Así como los seres humanos necesitan hablar el mismo lenguaje para entenderse, también necesitan normas de comportamiento que formen una base común de respeto donde puedan establecerse las relaciones. El camino del respeto en las relaciones lleva a los seres imperceptiblemente hacia el amor compasivo.

En la actualidad no todos dan la debida importancia a las normas de conducta, especialmente a los modales. A pesar de que no se puede vivir sin normas, algunos suelen reaccionar contra ellas. Por un lado no quieren controlarse y, por otro, no quieren sufrir las consecuencias del descontrol de

los demás. Finalmente, aun los más rebeldes tienen que sujetarse a normas a fin de lograr un mínimo de paz en la convivencia.

Adquirir buenos modales es un aspecto básico de las normas de conducta. Es frecuente que los problemas que separan a personas animadas por intenciones sanas se deban a falta de tacto, rudeza o falta de consideración en los modales. Hay lazos entre las almas que se rompen para siempre una vez que fueron dañados por la falta de control y de educación. Los buenos modales ayudan a superar aun las situaciones más difíciles y por ello son piezas fundamentales en el trabajo sobre la relación.

Las normas de conducta impulsan el desenvolvimiento espiritual cuando se siguen siempre. Reservar la buena educación sólo para determinadas circunstancias mientras en la relación habitual no se controlan las pasiones y los impulsos instintivos socava el esfuerzo del alma para aprender a vivir. También es muy difícil mantener vivo y consciente el ideal espiritual si no se trabaja sobre uno de los aspectos más concretos de ese ideal: reconocer el Principio Divino en cada hombre y cada mujer. La manera de expresar este reconocimiento es comprender a cada uno en su circunstancia y trabajar para ayudar a todos, sin distinción. Así como se respeta la propia vocación y su manera de realizarla, también se respetan las decisiones y formas de ser de los demás.

Uno de los aspectos más perniciosos en las relaciones personales es el orgullo y los sentimientos de superioridad. Suele ocurrir que personas buenas y esforzadas confundan ayudar y aconsejar con dar órdenes. Trabajan con tesón para ayudar a otros mientras éstos siguen sus directivas, pero se desentienden y los critican apenas desoyen sus consejos. Esa postura es negativa y hace muy difícil la relación con los demás, porque la transforma en

una lucha para imponer la propia voluntad u opinión, y muestra desdén hacia los que se pretende asistir. Esta actitud generalmente está cargada con mal humor y resentimiento y lleva a señalar sólo los errores y defectos, olvidando el estímulo y el aprecio. De esta manera no se muestra un camino claro a seguir y se desmoraliza a quienes se quiere ayudar.

En vez de preguntarse “¿en qué me sirven los demás?”, habría que preguntarse: “¿en qué sirvo a los demás? ¿a quién le sirve mi vida, mi trabajo, mi experiencia?”. Esto es, dejar la actitud de juez y adoptar la de servicio. Los demás forman parte de la propia vida.

Los modales correctos y el juicio certero no bastan para ayudar a los demás. Los esfuerzos para hacer el bien son vanos si no van acompañados de un amor desinteresado y una actitud positiva.

La actitud es positiva cuando estimula el desenvolvimiento, insufla energía en los demás y trasmite amor a través de consejos que puedan aprovechar y de actos que los beneficien.

La actitud positiva sostiene y alienta a las almas, les infunde confianza en su capacidad para desenvolverse y las anima a enfrentar sus dificultades. Por otra parte, la actitud positiva genera una sana alegría en la relación, y eso sólo ya es una gran ayuda, especialmente en los momentos de prueba y desaliento.

La actitud positiva nunca se reduce a un optimismo superficial. Al contrario, genera en uno mismo y en los demás el anhelo de esforzarse y sacrificarse por causas nobles.

La actitud positiva no se sostiene sobre el éxito personal y la buena suerte. La base de la actitud positiva es la fe pura en lo Divino y el amor compasivo. Por eso quienes generan esta actitud tienen siempre el mismo

comportamiento, ya sea que estén contentos o tristes, que triunfen o no en sus trabajos.

Aunque no es fácil expresar alegría cuando ocurren sucesos dolorosos, o transmitir energía y fe cuando se sufren enfermedades y pruebas, eso es lo que efectúa quien vive animado por el amor compasivo. Al ver la inmensidad del trabajo que la humanidad tiene por delante, guarda para sí las penas de la vida y, con su amor y sacrificio, las transforma en comprensión y aliento para todos los seres humanos.